

ADF-5909

por Javier Edwards Renard

En *Conversaciones para solitarios*, Germán Marín entrega 17 relatos. De temática diversa, escritos a lo largo del tiempo y conscientemente recordados para su publicación, presentan, sin embargo, ciertos rasgos comunes que los emparentan con sus textos de más largo aliento y que confirman que el terreno en que este escritor se mueve con más soltura y efectividad es en los cinco mi-



tales que en los cien metros. En estas breves historias, la extensión no alcanza a dar el respiro suficiente para digerir la atmósfera creada, el lujo del detalle impuesto, el lenguaje cargado, adjetivado, a veces, hasta el extremo: "... el tango, agónico y turbio como un episodio malvivido, desfilaba con el último reclamo del boudoir de Leopoldo Panzera, en un sonido que se cerraba con el jadeo del fuelle, a la vez que cilla, al soltarse luego de la mano, re regalaba profética, hasta el fin de mis días, la propina de una ancita sonsona, generosa como fue", («La noche que builé con Ava Gardner»).

Resulta adecuada la presentación de estos

textos como "relatos", porque, claramente, no tienen el equilibrio que hace de una historia breve, un verdadero cuento. En *Conversaciones para solitarios* hay algo distinto, la licencia que se da a un escritor de peso para contar a su antojo, para ejercitar o experimentar —como en los estados musicales— en un ritmo narrativo distinto que, en esta colección, en la mayoría de los casos, no llegan alcanzar la rapidez necesaria y subconscientemente se percibe. En *Conversaciones para solitarios* la mejor dotada para la novela, Hay, incluso, momentos en que Martín, el escritor que se jacta de recto y duro en las dos partes publicadas de su trilogía o en el *Palacio de la sin*, sorprende con un lirismo nostálgico que sería saludable si lograra convencer —lo que no hace— la parca estabilidad contemporánea: "En el silencio de la tarde, las hojas de los laureles perduraban vivaces en una alucinación de colores, como los papeles que una vez había visto crujidos por el derrochido hondo de nuestros pasos. Santiago pareciera una ciudad asajada de una enfermedad desconocida" ("El primo Miguel") o "Primero, están las manos amarillentas, durmientes en los codo villos de dedos depositados en la manta de viaje que protege tus piernas extendidas, largas. Con más atención, se descubren las manchas de un pálido color raurón, como grandes pecas divididas por la cera del tiempo, que manifiestan un recollarse en el vello de la carne" ("Imágenes") o "En la noche, toda escucha camina a ti y muestra cierta falta de edición, como en el último episodio, donde el recurso al "ovillo" se repite injustificadamente.

Y esa lentitud que se percibe a lo largo de casi la totalidad de estos relatos se salva, por momentos, en textos como «Arenas vacías», donde el aliento existencial logra ajustarse a las palabras adquiriendo un revitalizado aire tabucchiario; en «La perfumada», el más logrado de este conjunto.

donde "Lo aciago, lo cruento, lo mojado, lo fatal"—según el epitafio de Cesar Vallejo—hace patente en el relato intenso de un crimen que se cuenta con sutil violencia, con absurda precisión, desde las oscuridades del Parque Cosmiso; o en «El último resplandor de una tarde pecuaria», texto que logra en tres páginas recuperar la memoria de ciertos personajes y lugares de un país que se ha ido desvaneciendo con la misma rapidez con que se construyen cenizas conacionales.

Si bien *Conversaciones para solitarios* se presenta con esas irregularidades, bajo el imperativo de un anacronismo a veces asfixiante, también tiene, paradójicamente, el mérito de recoger en el entrevero de su lenguaje recargado, imágenes olvidadas, cesuradas o abortadas de la identidad local. De alguna manera, y tal como señalé cuando me referí a *Las cien siglas* (Revista de Libros N° 430), en estos relatos Martín sigue siendo una suerte de "escritoriente", según el término formado de Enrique Lihn. Un autor que puede dar el lujo de tropezar con el error, de excederse en los recursos, de jugar a la carta, de caer en caer metidos con la lentitud de una tortuga porque, en el fondo, llega a la meta de decir lo que quiere, de rescatar desde su personalidad recordando —escalardeando, resendiendo, arbitrando, valiéndose, verdaderamente, impropio— historias que terminan por enriquecer nuestra eposcopia cultural.

Bajo la perspectiva particular del gusto, me quedo con *Círculo vicioso* y *Las cien agullas*, es pero con paciencia el tercer y último tomo de su trilogía. Marín ya tiene ganado un lugar de privilegio en nuestra literatura, porque no va con la corriente de lo fácil, porque se atreve a escribir como le da la gana y, por último, porque se atreve a ser Germán Marín y no se parapeta detrás de ninguna marca registrada: James, Greene, la generación beat o cualquiera que sea.

cf. Mammals sup 17-VII-1000 P3

Libros y documentos

Edwards, Javier

1999

Artículo

Relatos breves de un escritor de fondo [artículo] Javier Edwards Renard. il.

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa